

LUIS GONZÁLEZ ZENTENO

NICOMEDES GUZMAN, FIGURA
REPRESENTATIVA DE LA
GENERACION DEL 38

CUANDO ANALIZAMOS las condiciones desfavorables que ha confrontado y confronta el escritor chileno, en el largo y penoso proceso de su formación, nos emociona intensamente la abnegada perseverancia con que la mayoría de ellos realizó y realiza su labor creadora.

Por tal motivo, hablamos de los escritores con respeto, cualesquiera que sean sus categorías intelectuales y sus ubicaciones ideológicas, aunque el artista de izquierda se lleve siempre nuestros más calurosos parabienes.

Afortunadamente, los creadores de avanzada están en mayoría, lo cual, desde luego, nos llena de satisfacción. El drama social del mundo ha golpeado fuerte en sus conciencias y la pluma gime y lucha, protesta o vocifera bajo el acicate de tantas injusticias.

La heroica trayectoria de una pléyade de valores que hoy colman de orgullo a nuestra nacionalidad es estimulante y ejemplarizadora y creemos que sería un gran beneficio para la juventud el conocimiento de sus biografías. Conocer, por ejemplo, cómo Pedro Antonio González, Carlos Pezoa Véliz, Gabriela Mistral, Baldomero Lillo, Carlos Sepúlveda Leyton, Luis Durand u Oscar Castro, encimaron las cumbres de la fama. Y cómo también lograron alcanzar tan alta jerarquía, figuras literarias de nuestro tiempo que están en los labios de todos (Pablo de Rokha, Manuel Rojas, González Vera, Daniel Belmar, Francisco Coloane, Juan Godoy, Reinaldo Lomboy, Andrés Sabella, Baltazar Castro, Mario Bahamonde, Gonzalo Drago, etc.).

La mayoría de estos creadores se formaron solos, luchando ar-

dorosamente contra un medio hostil, pedestre y egoísta, que sólo se complace en realzar sus méritos . . . después que han muerto.

Pero el escritor tiene el cuero más duro de lo que algunos espíritus superficiales se imaginan y los sobrevivientes de la terrible batalla consiguen imponerse, conquistando a largo plazo, casi siempre a largo plazo, el respeto y la consideración ciudadanos.

Entre esos varones ilustres, uno especialmente ocupa en la actualidad un sitio de honor en nuestras letras, ganado al ritmo de su afanosa y acezante existencia, que no se ha dado un momento de respiro desde que en 1938 publicara su único libro de poemas, *La ceniza y el sueño*, cuya segunda edición, aparecida hace pocos días, tenemos a la vista.

Con razón, Pablo Neruda encabeza los tres prólogos de esta obra con las siguientes palabras, acuñadas en el nobilísimo metal de la más encendida admiración:

"Cuando Nicomedes Guzmán descargó sus libros tremendos, la balanza se vino abajo porque nunca recibió un saco tan verdadero. No era un costal de joyas. La verdad pesaba como una piedra. Los dolores llenaban aquellos libros andrajosos y deslumbradores que se nos echaban a la conciencia.

"Pero siempre en Guzmán existió la ventana submarina y ninguna desdicha encarceló su espacioso corazón. Por la ventana labrada en sin par esmeralda entraron en él inabarcables sueños, y hoy este pequeño volumen de versos reaparece con los adolescentes tesoros.

"Con placer represento estas líneas fugaces, más tiernas que el pan purísimo, suaves como el joven vino.

"Su susurrante dulzura pareciera no convivir con las cicatrices que nos imprimió *La sangre y la esperanza*, pero es signo de grandeza que el escritor que nos revelara el infierno de las calles de Chile tenga otro sello de errante desvarío, sueños y cenizas que le agregan la infinita dimensión de la poesía.

"No hay unidad del hombre y la vida sin que se hagan presente la realidad y el sortilegio. Por eso este librito olvidado por su autor lo identifica una vez más como escritor victorioso: una vez por la conciencia inapelable y otra por los sueños irrenunciables".

Y no son menos justos Angel Cruchaga Santa María y Juvenio Valle, al saludarlo a renglón seguido con rutilantes estrofas, henchidas de emoción y sinceridad:

Canta Angel:

“La estrella de Simbad se deshoja en la bruma
y con Ulises canta sumergido en la espuma.

Y mientras en los puertos se encienden los faroles
danzan los marineros ataviados de soles.

Y el humo en arabescos sube de las tabernas
mientras las olas dicen sus baladas eternas.

“La ceniza y el sueño” derraman su elegía
sobre la fulgurante vestidura del día.

Rueda el amor abriendo su collar de diamantes
que va a tocar las sienes de sal del navegante.

“La ceniza y el sueño” asciende en canciones
y se abren en el pecho de lentos acordeones.

Nace el amor y enciende su clavicordio del mar
y nadie sabe nunca cómo debe llorar.

La estrella de Simbad se deshoja en la bruma
y con Ulises canta sumergido en la espuma”.

Canta Juvencio:

“Impalpable ceniza y sueño alado
hoy rebullen ardiendo en este vaso;
si la ceniza me perturba el paso
el sueño me sostiene iluminado.

Polvo final y sueño consumado,
indivisible alianza, férreo lazo;
entremezclados van alba y ocaso
dentro de este correr precipitado.

Lámpara de un minuto solamente
el universo que alumbró la frente;
con tan mezquino aceite y gráfil leño
que cantoral humano se eterniza:
la flor de ayer ya terminó en ceniza,
la piedra secular fue sólo un sueño”.

El poeta que había y que hay en Guzmán, derivó hacia la prosa y nos ha entregado numerosos libros fundamentales en nuestro acontecer literario, que conviene reseñar. Su nomenclatura cronológica es la siguiente:

Los hombres oscuros, novela, 1939, cuatro ediciones; *Nuevos cuentistas chilenos*, 1941, antología que reúne 24 autores; *La sangre y la esperanza*, 1943, Premio Municipal de Novela de 1944, que alcanza ya cuatro ediciones, tres en Santiago y una en Buenos Aires; *Donde nace el alba*, 1944, novelas breves; *La carne iluminada*, 1945, pequeñas narraciones; *La luz viene del mar*, novela, 1951; *Leche de burra*, novela breve, 1953; *Una moneda al río*, conjunto de cuentos editados en 1954 en Estados Unidos de Norteamérica, por el "Monticello College", de Illinois; *Antología de Baldomero Lillo*, 1955; *Antología de Carlos Pezoa Véliz*, 1957; *Autorretrato de Chile*, compilación que reúne crónicas de 49 autores, y *El pan bajo la bota*, cuentos, 1960.

Su primera novela, *Los hombres oscuros*, lanzada en 1939, asombra al público y a los críticos. Guzmán cava hondo en el drama humano, con despiada sinceridad; muestra llagas y miserias; somete a su corazón y a los lectores a terribles torturas, ni más ni menos que los maestros rusos de la prerrevolución bolchevique; hace la radiografía del suburbio, donde transcurrió su infancia y su adolescencia, con pulso firme y pupila tierna.

Esta obra, que según nuestras informaciones, tenía primitivamente cerca de seiscientas páginas, anduvo en manos de varios escritores chilenos consagrados, a quienes recurría en busca de consejo el titubeante muchacho.

Ninguno de ellos captó, sin embargo, la trascendencia de la novela, que a corto plazo iba a estremecer nuestros ámbitos culturales, ni siquiera el agudo Manuel Rojas, que, al parecer, no se atrevió a hincarle el diente. Guzmán buscaba una palabra de aliento y esa palabra no vino a disipar sus dudas, mortificando su ilusionada juventud.

Entretanto, el novel autor no perdía el tiempo y gastaba sus horas diurnas y nocturnas, puliendo y limando frases. Reemplazando un adjetivo por otro, cambiando el ritmo de un giro, modificando la estructura de una metáfora y así *Los hombres oscuros* fue convirtiéndose en esa pieza maestra que todos conocemos, por obra y gracia de un rigor crítico acentuado hasta el extremo. A esta tarea decantadora contribuyó en no escasa me-

dida, el poeta, cuentista y novelista Jacobo Danke, que sugirió eliminar, por lo menos, las dos terceras partes del texto.

El libro se compuso a "tipo parado" en la imprenta "Yunque", ubicada en San Pablo abajo y el propio Guzmán estuvo hasta avanzadas horas de la madrugada ayudando a terminarlo a la luz de una vela, porque al modesto editor le habían cortado el suministro de energía eléctrica por falta de pago.

La resonancia nacional de *Los hombres oscuros*, la traducen con exactitud los siguientes juicios, tomados del fárrago de opiniones vertidas en esa época:

De Ricardo A. Latcham:

"Aquí se historia un barrio con sus características inconfundibles y dentro del determinismo fatalista de la miseria, del dolor y de la explotación del hombre. Ha pasado ya el tiempo en que se buscaba en el pueblo un tema de exotismo intelectual, un deleite turbio para los sentidos o un escenario para difundir difusas compasiones".

De Domingo Melfi:

"La novela chilena no ha conocido hasta hoy un hecho parecido a éste. Yo sé que hay escritores que han hablado, como se dice, del conventillo. Lo han pintado desde otros ángulos, como si dijéramos, mirándolo desde la puerta de calle o desde la entrada. Es diverso el tono. Guzmán ha empleado recursos descriptivos que no emplearon ni Edwards Bello, ni González Vera, ni Alberto Romero, ni Sepúlveda Leyton".

De Juan de Luigi:

"... Guzmán representa la vida de todos los barrios americanos en los que hay seres que viven, sufren, esperan".

Tan elogiosos conceptos no pueden tildarse de exagerados, dada la calidad y la importancia de los firmantes. Y para que pueda aquilatarse con mayor precisión lo que la obra representó y representa en nuestro medio, nada mejor que reproducir algunas metáforas y fragmentos, que arrojan ancha luz sobre el virtuosismo estilístico de Guzmán, que al igual que Rudyard Kipling, el inmortal inglés, empieza escribiendo páginas maestras.

Leamos:

“En la serenidad de estas mañanas, cuando salgo a lavarme sobre la pileta del patio, me regocijo en la contemplación de los humos azulosos, enfilando a lo alto, largos y esbeltos, como espíritus de alucinados en busca de los astros ausentes o a la caza de alguna divinidad”.

*
* *

“Tan, tan, tan . . . La campana de la parroquia cercana desnuda sobre la brisa su claro sexo de sonidos, despertando los deseos en el corazón de los creyentes. Y es que hoy es mañana de domingo”.

*
* *

“El sol llena la calle con la estridencia amarilla de su risa”.

*
* *

“Ayer al tiempo le tocó remolienda y zandungueó por los tejados haciendo sonar sus claros zapatos de agua”.

*
* *

“El portón de un negocio azota la noche con un largo fustazo de luz. La brisa flirtea con los pelos de mi barba”.

*
* *

“Por sobre la ciudad aún dormida y bajo las últimas y ateridas estrellas, los gallos burgueses y proletarios, como hermanos, zurcen las distancias con las agujas sonoras de sus cantos”.

*
* *

“Durante el día, el suburbio aceza lo mismo que un bruto agotado, asaeteado por el cansancio de las siestas interminables. Sólo en las tardes, a la hora en que el sol exhibe por sobre los cerros del poniente la gimnasia estupenda de sus colores, el su-

burbio da tregua a su acezar y se baña en la frescura que, como mensajera de las montañas distantes, viene a anidarse por acá, junto con la bajada de las primeras sombras. Luego, se diría que las estrellas terminarían de ventear los malos humores que el sol tórrido del día acumula en el ambiente, al contacto con la tierra áspera de las calles y las pozas de lavaza y aguas pútridas que cubren los patios de los conventillos.

"Así, el suburbio, da la impresión de liberarse, de abrir los brazos y fortalecerse, cuando la noche baja. Además, de tarde en tarde, suele pasar una regadora municipal, refrescando las calles con su claro abanico de agua. La tierra sedienta, ya satisfecha, pone entonces de manifiesto su solidaridad para con los hombres, regalándoles con un grato aroma de potreros recién regados".

*
* *
*

"Silenciosamente el otoño regresa. Y tranqueando por las callejas, se da a desgarrar los vestidos desteñidos de las acacias. Sobre las cosas cae como una llovizna de tristeza. Y los hombres del suburbio parece que se agobiaran bajo el peso de un inaudito cansancio.

"Los días nacen envueltos en densas mantas de neblina. Y los acontecimientos que conmueven la vida del arrabal van quedándose olvidados tras la sombra de un fatalismo casi doloroso.

"Así, el conventillo contrae su osamenta dentro de sus sebosos harapos. Y bajo el cuero rugoso de los años su alma es como si se estremeciera, conmovida por las noticias que el invierno le remite en las frías esquelas de las brisas otoñales.

"Alguien podría decir que el conventillo llora por las mañanas, cuando la niebla, condensada en los aleros, se precipita a la tierra en pesadas gotas que son lo mismo que lágrimas.

"En el primer viento que ha pasado hacia el norte, las golondrinas han montado. Y se han ido como embarcando en un convoy de ausencia".

El paso firme con que Nicomedes Guzmán entró en la literatura, no es fortuito. No estamos aquí frente a un escritor que clava la flecha en el centro del blanco por casualidad. *La sangre y la esperanza* confirmará sus dotes de narrador eximio y *La luz viene del mar* nos hará saber de nuevo que las empresas más difíciles pueden ser acometidas con éxito, cuando se posee talento y sensibilidad.

La sangre y la esperanza está escrita con sangre, con la emoción sostenida del adulto que se sumerge en su mundo infantil, para recrear las vivencias inapreciables de la infancia.

Historia ese pasado dramático que sucede al año 20 y vemos el rostro de un Santiago de Chile cargado de negros presagios, de nubes sombrías que rasgan de vez en cuando los lampos de la esperanza.

Muchos son los personajes que Guzmán esculpe con estremecida humanidad, pero ningunos tan altos y tan puros como el padre, la madre, la abuela y el propio niño, que tiene la virtud de deleitarnos con sus pesares, dulces sufrimientos que uno continúa saboreando después de cada capítulo, con un regusto amargo en la boca y un noble aliento en el corazón.

Son las luchas sociales, es la épica popular que busca una salida a las contradicciones económicas, es el ancho anhelo de justicia de los humildes, que están pavimentando con sus sacrificios, con sus inmolaciones, el camino del porvenir.

El padre y la madre de la novela son, sin duda, sus progenitores, embellecidos por la magia del arte, pero auténticos en su estructura y en su estatura. Tuvimos la suerte de conocer a estos seres que aún viven y comprender la admiración que el escritor les profesa, porque ambos desbordan señorío, grandeza, finura espiritual.

El padre, alto y huesudo, es un caballero español, un hidalgo de rostro enjuto y cejas pobladas, serio y parco en el hablar, distinguidísimo. Y hay en la madre, menuda y aureolada de canas, una gracia y alegría que enciende los carbones de sus pupilas, las mismas inquietas y traviesas del notable creador.

Ricardo A. Latcham, en su obra *Doce ensayos*, hace un análisis bastante certero de esta novela. De ahí que estimemos útil reproducir algunos fragmentos de ese estudio:

“Esta novela es un reflejo consciente del medio que circunda al autor y por eso se transforma en literatura tendenciosa, esto es, de tendencia en el más puro carácter que pueda darle el rumbo objetivo del desenvolvimiento social. Pero lo que un criterio incomprensivo pudiera hallar de tendencioso, no se confunde nunca aquí con una mera idealización de los tipos proletarios o un contraste entre la pureza de sus intenciones y lo torvo de sus antagonistas en el medio económico que los condiciona. Sería ofender al novelista suponerle tal actitud. El, simplemente, disuelve los mecanismos elementales de sus tipos y los exhibe en

todo su genuino valor, desde el ladrón que se roba los fondos del sindicato hasta los luchadores que caen en la huelga, defendiendo las mejoras sociales, desde el tipo romántico y fino de Elena hasta el abyecto de Pan Candéal, extraordinario vagabundo que se pinta en estas páginas. Pero no todo lo que aquí se manipula vive esencialmente en la crápula, en el abandono o en el desconsuelo desnivelador del conventillo. Hay otros individuos que agradarían al más exigente de los escritores que desean componer o aliñar la realidad”.

“Las descripciones, con resabios de mal gusto en ocasiones, son por lo general precisas y se manifiestan con pinceladas oportunas, con manchas seguras, con nítidos caracteres de objetividad y lograda certeza. Tomemos algunos ejemplos del extenso y desnivelado repertorio. “El otoño estaba a las puertas de aquel día con su rostro de mendigo enjuto y lánguido”. “Las estrellas arriba, las tibias estrellas otoñales, oteando a través de la bruma liviana, abrían los ojillos lo mismo que liebres acorraladas. La noche hacía sonar sus cascos de sombra”. “La estearina en las palmatorias era como el llanto del tiempo solidificando, en extraños gestos, el tormento de quizá qué esotérico corazón desgarrado”. “Un humor de brillantes quilates se afirmaba en los labios del hombre. La alegría como yegua de carrousel giraba en las paredes del cuarto”. “La noche, agitando sus alas empapadas, planeaba sobre el suburbio como una negra lechuza sin ojos. El viento escarbaba lo mismo que gallo viudo en los resquicios de la puerta.”

“Guzmán describe con fuerza, con brío de escritor fogueado, y consigue conquistar, a menudo, el difícil campo de la expresión. Las metáforas no carecen de poesía original, de rango criollo, porque generalmente las obtiene, con facilidad, del uso directo de los métodos comparativos. Algo así como los procedimientos que emplean los nuevos escritores norteamericanos, como Faulkner, Lardner, Caldwell y Steinbeck”.

La luz viene del mar no alcanzó el éxito que nosotros esperábamos, por razones perfectamente explicables. Guzmán, que es un viajero impenitente, trajinó el escenario salitrero en múltiples oportunidades, captando hechos y anécdotas que materializó en algunas crónicas. Su piel, su increíble piel terca y huidiza, sus sabanas y su apariencia de territorio inconcluso, lo

cautivaron, como también la singular arquitectura de sus cosmopolitas habitantes. Ahí no converge únicamente el cholo del Altiplano o del Perú o el indio neto de los contrafuertes andinos, sino también el eslavo, el chino, el japonés, el español, el italiano, el inglés y el norteamericano y uno que otro ruso blanco.

Esa coctelera racial ha tentado a muchos y Guzmán no podía ser una excepción. Desafortunadamente, la experiencia, con ser vasta, no era suficiente, pues el norte sólo entrega sus secretos al que comercia con su zona en largos años de maridaje.

Con todo, el libro es interesante, y aunque no dio medio a medio del clavo, contribuye a esclarecer honrosamente muchos aspectos de la vida de esa región. Iquique y la pampa desfilan en innumerables cuadros, a través de una prosa barroca y polifónica, donde la capacidad creadora del artista muestra toda su potencia.

Ejemplo:

“Fue un golpe súbito, anchuroso, de poderes espesos e incisivos: dominio de la vida en sus esencias más primitivas y salvajes. Todo se hizo cauce abierto para las inundaciones calientes de esa veta redonda, de oro cobrizo, que desplazábase entre los arrecifes celestes”.

Los cerros, los lomajes y las pampas pelados aferraron su soledad a la presencia febril de la luz. Los vallecillos lejanos y perdidos despabiláronse en verdores y cabrilleos delgados, pero ubérrimos. Las extensiones secas y parcas de la tierra salitrosa comenzaron a recortar, de lejanía en lejanía, las siluetas herrumbrosas de los viejos edificios donde la industria pone tensos los nervios del hombre, y el hierro vibra, atruena los ámbitos, arrancando en inmanente esfuerzo los principios vegetales en albura de nitrato.

Mas el torrente de luz, en su fúlgido galope, se hizo raudal girante allí en las extensiones pardas en que tiene su imperio el tamarugo gigantón, gesticulante, heroico y profundo. Luego, siguió su ruta hacia la costa, ondulando, rebanándose, desollándose, rudo y ardiente. Cayó, de súbito al mar, sobre los horizontes mordidos por la bruma.

Aquí retrocedió con fuerza hiriente de resolana. Y las caletas y los puertos cobijados al amparo altísimo de los cerros se alumbraron entre los estertores de las sombras. Las aguas estremecieronse, agitando su pelaje de bulliciosas espumas. Y apoyaron ahora el viaje de la luz hacia las costas agrietadas, agresivas. Las sombras de las montañas litorales se distendieron sobre el lomo

marítimo, y, en seguida, los torrentes de sol conquistaron las poblaciones, en trote lento, haciendo eco con la algarabía de sus rendajes, al canto esmeralda y sordo de los peces.

Brilló el lomo viscoso de la ágil albacora en pleno mar. Y el lagarto de roca comenzó su cacería de insectos, a saltos briosos por encima de las piedras, húmedas aún de sombrías mareas.

Los dones innatos del arte de escribir, han condicionado la existencia de Guzmán, que a los 46 años de edad exhibe una obra vastísima, densa y profunda, que no iguala ningún escritor de su generación. Armado de una cultura nada común, acendrada en la criba de ese perfeccionamiento incesante a que obliga el ejercicio literario, sorprende la amplitud y variedad de sus informaciones, que van de lo nacional a lo universal, incidiendo, cierto es, más en lo nacional que en lo universal, pues es un enamorado de las manifestaciones artísticas de la patria, en su complejo registro.

Haciendo sacrificadamente su segundo ciclo de humanidades en Liceos Nocturnos, ya que en las horas diurnas debía ganarse el sustento en penosos menesteres, sobrepasa a corto plazo a los que con mejor fortuna se cobijaron bajo el alero del aula universitaria. Su Universidad ha sido en verdad la calle y los caminos de Chile, la ciudad y el campo, el hombre y sus dolencias, la geografía viva de este hermoso cinturón pegado a las pretinas del espinazo andino, donde caben todos los climas, donde la aridez y las nieves eternas rematan a la orilla de la holgada blusa azul del Pacífico los dos extremos de nuestro longitudinal territorio.

Quizás por eso, no olvida a los que como él nacieron signados con el embrujo artístico y contribuye a su difusión, a su vulgarización en antologías y artículos de prensa. Diecisiete años ha, dio a la estampa sus *Nuevos cuentistas chilenos*, donde está lo más granado de la generación de escritores que ahora se empujan promisoriamente hacia el futuro. Reinaldo Lomboy, Francisco Coloane, Oscar Castro, Baltazar Castro, Homero Bascuñán, Leoncio Guerrero, Nicasio Tangol, Manuel Guerrero, Gonzalo Drago, Juan Godoy, Juan Donoso y Julio Moncada, integran, entre otros, esa galería ilustre, lo que demuestra el acierto del seleccionador.

Más tarde se detendrá en las vidas de Carlos Pezoa Véliz y Baldomero Lillo y obtendremos así una visión muy completa de dos escritores que tienen muchos puntos de semejanza con él. No en balde los ha leído con fruición y se los conjuga de memo-

ria. No en balde ha perseguido sus avatares y ha rastreado en sus luchas, en sus credos, en sus heroísmos y en sus flaquezas. No en balde los admira y los ama entrañablemente, no siendo escasas las razones que jutifican esa conducta. Pezoa Véliz y Baldomero Lillo son los Nicomedes Guzmán de su tiempo y otros Guzmanes se encargarán de confirmarlo al cabo de otro medio siglo.